

Capacitador Sermones CGI

(Sermones para Mayo 2026)

Sermón del 3 de mayo de 2026 - Quinto Domingo de Pascua	2
Sermón del 10 de mayo de 2026 - Sexto Domingo de Pascua	9
Sermón del 17 de mayo de 2026 - Domingo de la Ascensión	15
Sermón del 24 de mayo de 2026 - Pentecostés	22
Sermón del 31 de mayo de 2026 - Domingo de la Santísima Trinidad	30

Sermón del 3 de mayo de 2026 - Quinto Domingo de Pascua

[Salmo 31:1-5](#) , [15-16](#) • [Hechos 7:55-60](#) • [1 Pedro 2:2-10](#) • [Juan 14:1-14](#)

Nuestro tema de hoy es que **Jesús es el camino al Padre**. En nuestro pasaje del llamado a la adoración, el salmista encuentra en el amor de Dios su verdadera roca y refugio. En Hechos, Esteban presencia la gloria de Jesús y del Padre, incluso mientras enfrenta su propio martirio. En Pedro, la imaginaria de la «roca» continúa cuando Pedro señala que Jesús es la Roca sobre la que se edifica nuestra fe. Y en nuestro pasaje del Evangelio de hoy, Jesús consuela a sus discípulos en la Última Cena.

Recordatorio: Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones de pasajes del LCR de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No es para incluirse en el sermón.

Jesús es el camino al Padre

[Juan 14:1-14](#) NVI

14 »No se angustien. Confíen en Dios y confíen también en mí. 2 En el hogar de mi Padre hay muchas viviendas. Si no fuera así, ¿les habría dicho yo a ustedes que voy a prepararles un lugar allí? 3 Y si me voy y se lo preparo, vendré para llevármelos conmigo. Así ustedes estarán donde yo esté. 4 Ustedes ya conocen el camino para ir adonde yo voy.

Jesús, el camino al Padre 5 Dijo entonces Tomás:

—Señor, no sabemos a dónde vas, así que ¿cómo podemos conocer el camino?

6 —Yo soy el camino, la verdad y la vida —contestó Jesús—. Nadie llega al Padre sino por mí. 7 Si ustedes realmente me conocieran, conocerían también a mi Padre. Y ya desde este momento lo conocen y lo han visto.

8 —Señor —dijo Felipe—, muéstranos al Padre y con eso nos basta.

9 Jesús le contestó:

—¡Pero, Felipe! ¿Tanto tiempo llevo ya entre ustedes y todavía no me conoces? El que me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo puedes decirme: “Muéstranos al Padre”? 10 ¿Acaso no crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí? Las palabras que yo les comunico, no las hablo como cosa mía, sino que es el Padre que

está en mí, quien realiza sus obras. 11 Créanme cuando digo que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí o al menos, créanme por las obras mismas. 12 Les aseguro que el que cree en mí también hará las obras que yo hago y aun las hará mayores, porque yo vuelvo al Padre. 13 Cualquier cosa que ustedes pidan en mi nombre, yo la haré; así será glorificado el Padre en el Hijo. 14 Lo que pidan en mi nombre, yo lo haré.

[Juan 14:1-14](#)

La noche anterior a su arresto y ejecución en la cruz, Jesús comienza con estas palabras: «No se turbe vuestro corazón. Creed en Dios; creed también en mí».

Jesús acababa de compartir una última cena con sus seguidores más cercanos, los doce discípulos. Durante esa cena, les dijo que uno de ellos lo traicionaría, que se iría y que no podrían seguirlo adondequiera que fuera, al menos no todavía.

Para sus discípulos, esto debió ser impactante y aterrador. Habían dejado sus trabajos y familias para seguir a Jesús. Creían que él era quien lo cambiaría todo. Y ahora hablaba de abandonarlos.

Todavía no comprenden que está a punto de ser crucificado. No comprenden la resurrección. Probablemente solo sienten confusión y miedo.

En Juan 14, Jesús aborda ese temor. Este pasaje es un momento profundamente personal: un maestro que consuela a sus amigos devastados en la peor noche de sus vidas.

Jesús explica que su partida no es abandono. Es un propósito. Es preparación. Es amor que avanza hacia la plenitud. Y comienza con consuelo.

No se angustien. [Juan 14:1 \(NVI\)](#)

El problema es real; el dolor se avecina. Pero Jesús habla directamente sobre él. No dejes que el miedo sea la última palabra.

Y ese mensaje también es válido para nosotros. No se preocupen, porque **Jesús es el camino al Padre.**

Les asegura que su relación con Dios es segura y que su vida con él no va a terminar.

Muchas habitaciones

En este pasaje, Jesús les dice que no se preocupen porque él va al Padre a prepararles un lugar.

2 En el hogar de mi Padre hay muchas viviendas. Si no fuera así, ¿les habría dicho yo a ustedes que voy a prepararles un lugar allí?. [Juan 14:2 \(NVI\)](#)

Jesús utiliza una imagen que les resultaría familiar: una casa familiar que se amplía con el tiempo para dar cabida a más seres queridos. La típica casa del siglo I en Palestina constaba de varias habitaciones, construidas alrededor de un patio central común. A medida que la familia crecía, cada hijo añadía o «preparaba» una habitación para su esposa y sus futuros hijos.

Esta era la costumbre de la época, y los discípulos habrían comprendido inmediatamente la referencia a la casa del padre.

Es una forma de decir que su partida no es un abandono, sino una preparación. Va delante de ellos para asegurarse de que pertenecen, de que serán recibidos, de que su futuro con Dios está asegurado.

Y Jesús promete a sus seguidores que volverán a estar con él. **«Así ustedes estarán donde yo esté».**

Jesús es el camino hacia el Padre.

En pocas palabras, Jesús dice: "Tienes un futuro con Dios. Tienes un lugar reservado. Yo voy delante para asegurarme de ello".

Él asegura a sus seguidores que su relación con Dios no es frágil ni temporal, sino segura y preparada por el mismo Jesús. «Yo voy al Padre, y vosotros también estaréis con el Padre».

Es precisamente aquí donde la buena noticia de este pasaje también nos reconforta.

Cuando Jesús dice que va a "preparar un lugar", se refiere a lo que está a punto de hacer mediante su muerte, resurrección y ascensión.

Él se adelanta a nosotros al adentrarse en la muerte misma.

En la cruz, Jesús se adentra en todo aquello que nos separa de Dios: nuestro pecado, nuestra culpa, nuestro miedo, incluso la muerte. Él lo carga. Lo agota. Quebranta su poder. Su muerte no es un accidente; es él allanando el camino a casa.

Entonces, en la resurrección, la muerte no lo retiene. Sale del otro lado con vida. No sólo resucitado, sino resucitado a una vida nueva e indestructible.

Jesús "prepara un lugar" abriendo un camino donde antes no lo había. Se abre paso entregándose a sí mismo. Abre el camino atravesando la tumba.

Porque él entró en la muerte y la venció, nuestra muerte ya no es un muro. Se convierte en una puerta. Porque él vive, tenemos la promesa de la resurrección.

Y cuando asciende al Padre, lo hace como uno de nosotros (aún humano), llevando nuestra humanidad a la vida misma de Dios. Estamos unidos a Jesús, así que cuando Jesús ascendió, nosotros ascendimos con él.

La buena noticia es la siguiente:

Jesús no solo nos dice que hay lugar en la casa del Padre, sino que crea ese lugar .

Lo asegura con su propia vida.

Va delante de nosotros a través de lo peor que pueda suceder, y regresa para decirnos:

3 Y si me voy y se lo preparo, vendré para llevármelos conmigo. Así ustedes estarán donde yo esté. 4 Ustedes ya conocen el camino para ir adonde yo voy... [Juan 14:3-4 \(NVI\)](#)

Sabemos el camino hacia donde va Jesús porque **él es el camino. Jesús es el camino al Padre.**

Nuestro futuro con Dios no es una mera ilusión.

Se basa en algo que ya sucedió:

Cristo murió. Cristo resucitó. Cristo se adelantó.

Y por eso, la muerte no es el final de nuestra historia.

La vida con Dios sí lo es.

El Camino, la Verdad y la Vida

Tomás, tan honesto como siempre, interrumpe.

«Señor, no sabemos adónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino?»

Y Jesús responde con una de las frases más importantes del Nuevo Testamento:

Yo soy el camino, la verdad y la vida —contestó Jesús—. Nadie llega al Padre sino por mí. [Juan 14:6 \(NVI\)](#)

Fíjate en lo que no dice.

Él no dice: “Yo te mostraré el camino”.

Él no dice: “Yo te enseñaré la verdad”.

Él no dice: “Yo te daré la vida”.

Él dice: Yo soy.

El camino no es un mapa. La verdad no es un concepto. La vida no es una fuerza espiritual abstracta.

Es una persona.

Jesús está diciendo: Si quieren venir al Padre, vengan a través de mí, porque el Padre y yo no somos proyectos separados.

Si ustedes realmente me conocieran, conocerían también a mi Padre. Y ya desde este momento lo conocen y lo han visto. [Juan 14:7 \(NVI\)](#)

Felipe sigue luchando.

8 —Señor —dijo Felipe—, muéstranos al Padre y con eso nos basta. [Juan 14:8 \(NVI\)](#)

Y Jesús responde con tierna frustración:

9 Jesús le contestó: —¡Pero, Felipe! ¿Tanto tiempo llevo ya entre ustedes y todavía no me conoces? El que me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo puedes decirme: “Muéstranos al Padre”? [Juan 14:9 \(NVI\)](#)

Aquí es donde nos adentramos en el misterio y la belleza de la Trinidad. Esa frase abre la puerta a la comprensión cristiana de la Trinidad.

Hay **un solo Dios**, no tres dioses.

El Padre es Dios.
El Hijo (Jesús) es Dios.
El Espíritu Santo es Dios.

Sin embargo, el Padre no es el Hijo, el Hijo no es el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo no es el Padre. Son Personas distintas, pero comparten una misma vida divina.

Así pues, cuando Jesús dice: «*Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí*», describe esta comunión eterna y viva dentro de Dios mismo. El Padre ama al Hijo. El Hijo ama al Padre. El Espíritu es el vínculo de ese amor. Jamás ha existido el Padre sin el Hijo ni el Espíritu. Dios siempre ha sido relacional.

Esto significa que su unidad no es mera cooperación, como dos personas que se ponen de acuerdo en un plan. Es más profundo que un simple acuerdo. Comparten el mismo ser, la misma vida divina, la misma gloria. Lo que el Padre quiere, el Hijo lo quiere, y el Espíritu lo hace. Lo que el Hijo hace por medio del Espíritu, el Padre lo hace. No hay rivalidad, ni tensión, ni división.

Y esta naturaleza trina de Dios es una buena noticia para la Iglesia. Significa que Dios es amor en su esencia misma: no un poder solitario, sino una relación eterna.

La salvación no es solo el rescate del pecado; es ser integrados a la vida compartida del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La unidad de la Iglesia refleja la unidad que ya existe en Dios.

Cuando Jesús dice: «Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí » , nos invita a ver que en él se ha acercado la vida interior de Dios. Y a través de él por medio del Espíritu, somos recibidos en esa comunión.

Así pues, la Trinidad es la profunda realidad de que Dios es comunión amorosa, eterna y en Cristo, somos introducidos en ese amor.

Conocer a Jesús es lo mismo que conocer a Dios, porque él y el Padre son uno. También promete que quienes creen en él continuarán su obra y podrán orar en su nombre, y que actuará para glorificar a Dios.

Jesús asegura a sus seguidores que él es el único camino hacia Dios, que revela perfectamente quién es Dios y que quienes confían en él tendrán acceso constante a Dios y continuarán su misión mediante la oración y la fe.

Jesús es el camino hacia el Padre.

“Cualquier cosa en mi nombre”

Sacado de contexto, [Juan 14:14](#) puede sonar como un cheque en blanco:

14 Lo que pidan en mi nombre, yo lo haré... [Juan 14:14 \(NVI\)](#)

Pero en este pasaje, Jesús no ofrece una fórmula para conseguir todo lo que deseamos.

Habla de continuar **la obra del Padre a través de sus seguidores.**

Así es como el contexto moldea el significado: la conversación trata sobre la obra de Dios.

En los versículos 10 y 11, Jesús dice que el Padre realiza sus obras a través de él. En el versículo 12, afirma que quienes creen en él también realizarán esas obras. En el versículo 13, declara que la oración en su nombre glorifica al Padre. En otras palabras, se revela la belleza y la bondad de Dios. Entonces, el flujo es:

El Padre obra a través de Jesús. Los seguidores de Jesús continúan esa obra. La oración impulsa esa obra. El resultado es la gloria del Padre, que el mundo lo conozca. El objetivo no son los deseos privados e individuales, sino la participación en la misión de Dios.

En el mundo antiguo, el “nombre” de una persona representaba su autoridad, carácter y voluntad. Por lo tanto, orar “en el nombre de Jesús” es orar en consonancia con quién es Jesús y lo que está haciendo, y en consonancia con los propósitos del Padre. Es la oración la que está conectada con las obras del Padre reveladas en Jesús: sanación, reconciliación, restauración, revelación de la verdad, acercamiento de las personas a Dios. Jesús promete su poder para su misión. Para que **«así será glorificado el Padre en el Hijo»** ([Juan 14:13](#)).

La oración en el nombre de Jesús es aquella que promueve la belleza visible, la misericordia, la verdad y la obra salvadora de Dios. Cuando la iglesia pide valentía, sabiduría, provisión para el ministerio, sanación, reconciliación, justicia o corazones abiertos, esas oraciones se alinean con la obra del Padre en el Hijo.

Jesús, por medio del Espíritu Santo, capacita a su pueblo para llevar adelante su obra en el mundo.

Cristo Jesús resucitado continúa su obra a través de su pueblo, y el amor del Padre se revela.

Jesús es el camino hacia el Padre.

¿Qué podemos aprender nosotros, la Iglesia, de este pasaje acerca de ser un pueblo enviado?

La Iglesia continuará la obra de Jesús.

La Iglesia la realizará en unión con Jesús.

La Iglesia pedirá que Dios se dé a conocer al mundo, y Jesús actuará.

La iglesia no es un grupo de personas que intentan construir una organización religiosa.

La iglesia es una comunidad llamada a participar en la misión continua de Jesús en el mundo. Al orar por lo que Él anhela...valor para testificar, un amor sin fronteras, sanidad para los heridos, justicia ante la opresión y corazones que despierten a su presencia. Nos alineamos con Su propósito. En esa sintonía, Jesús promete actuar

¿Cómo nutre este pasaje nuestra vida en comunidad como el Cuerpo de Jesús? ¿Cómo nos está transformando este mensaje?

- «No se angustien». Nuestra paz proviene de Jesús. Estamos siendo formados para ser una presencia serena en un mundo lleno de temor.
- «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Nuestra identidad emana de Jesús. Estamos siendo formados para vivir como personas cuya vida pertenece al Padre, en Jesús.
- «Pidan en mi nombre, y yo lo haré». Nuestro acceso al Padre proviene de Jesús. Estamos siendo formados para ser menos autosuficientes y más devotos, esperando que Cristo actúe entre nosotros. La oración es participación en la obra continua de Jesús.
- «El que cree en mí, él también hará las obras que yo hago; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre». Nuestra participación en la obra de Dios proviene de Jesús. Estamos siendo formados como una comunidad de testigos.

Anímate.

Este mensaje llegó primero a personas con manos temblorosas y corazones confundidos. Fue dirigido a discípulos que sentían que el suelo se abría bajo sus pies. Y Jesús les dijo: «No se turbe vuestro corazón». No porque la angustia no exista, sino porque Dios existe.

Así que, cuando sientas incertidumbre en tu vida, cuando el dolor te oprima, cuando las noticias te opriman el pecho, cuando la iglesia te parezca pequeña o cansada, cuando te preguntes qué vendrá después, escucha a Jesús decir de nuevo: « No se turbe vuestro corazón » .

Tienes un lugar. Pertenece a este mundo. Tu futuro con Dios no es frágil porque Jesús ha ido al Padre, y su partida no fue un abandono. Jesús nos ha preparado un lugar allí. Jesús está en el Padre, y el Padre está en Jesús. Son uno. Jesús nos ha introducido en su relación con el Padre por medio del Espíritu.

Jesús es el camino hacia el Padre.

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

- ¿Cómo contribuye la comprensión de la cruz y la resurrección como la “preparación de un lugar” a profundizar tu sentido de seguridad en Dios?
- Jesús es el camino, entonces, ¿qué significa en términos prácticos centrar tu vida en una persona en lugar de solo en creencias o valores?
- ¿Cómo influye esto en la identidad de nuestra congregación?
- ¿En qué se diferencia esta comprensión de la oración de simplemente pedirle a Dios lo que queremos?

INICIO

Sermón del 10 de mayo de 2026

Sexto Domingo de Pascua

[Salmo 66:8-20](#) • [Hechos 17:22-31](#) • [1 Pedro 3:13-22](#) • [Juan 14:15-21](#)

El tema de esta semana es la **petición de Jesús al Padre para que nos envíe el Espíritu Santo**. En nuestro pasaje del llamado a la adoración, el salmista encuentra palabras de acción de gracias y alabanza, incluso ante la persecución y las pruebas. En el pasaje de los Hechos, Pablo sube los escalones del Areópago y, entre los dioses de los atenienses, revela al único Dios verdadero que los llama al arrepentimiento. En 1 Pedro, el autor establece la conexión entre el sacrificio de Cristo y la epopeya de Noé, que prefiguraba el sacramento del bautismo. Y en el pasaje del Evangelio de hoy, Jesús nos asegura que, incluso en su ausencia física en la tierra, no estamos solos.

Recordatorio: Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones del Leccionario Común Revisado de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No es la intención que se incluya en el sermón.

Jesús le pide al Padre que nos envíe el Espíritu.

[Juan 14:15-21 NVI](#)

En 1976, el juez de menores de Seattle, David Soukup, lidiaba con un caso de abuso infantil que involucraba a un niño de 3 años. El juez Soukup se dio cuenta de que no contaba con suficiente información para decidir sobre la custodia. Además, el niño era demasiado pequeño para discernir lo que era mejor y defenderse por sí mismo. En otras palabras, era demasiado pequeño para defender sus propios intereses.

El juez Soukup consideró que se necesitaba a alguien, aprobado por el tribunal, que acompañara al niño como defensor. De esta manera, los jueces podrían emitir un fallo más preciso y justo.

Como resultado de los esfuerzos del juez Soukup para remediar situaciones como esta, nació la organización CASA, *Court Appointed Special Advocates* (Defensores Especiales Designados por el Tribunal). CASA es ahora una organización nacional que capacita a voluntarios para acompañar a niños huérfanos o en el sistema de acogimiento familiar. Estos defensores voluntarios han ayudado a más de un cuarto de millón de niños. Además, los tribunales pueden designar un tutor ad litem [representante legal], para que defienda los derechos de los niños.

Podría parecer que el juez Soukup creó algo totalmente nuevo en 1976. Pero mucho antes de esa idea en el tribunal, Dios ya había mostrado su amor. Jesús prometió que nadie que le perteneciera sería abandonado.

Entonces, **Jesús le pide al Padre que nos envíe el Espíritu.** Y Dios mismo se acerca como nuestro Abogado, nuestro Ayudador, para que nunca nos sintamos abandonados.

El domingo pasado, aprendimos sobre la conversación que Jesús tuvo con sus seguidores la noche de su arresto. Jesús les dijo que no tuvieran miedo, porque él les prepararía un lugar junto al Padre y les prometió que volvería por ellos. Les explicó que él era el camino hacia el Padre y que quien lo había visto, había visto cómo era Dios.

Retomemos la historia en el versículo 15 del mismo capítulo de Juan que la semana pasada.

Jesús promete el Espíritu Santo: 15 »Si ustedes me aman, obedecerán mis mandamientos. 16 Y yo pediré al Padre y él les dará otro Consolador para que los acompañe siempre: 17 el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede aceptar porque no lo ve ni lo conoce. Pero ustedes sí lo conocen, porque vive con ustedes y estará en ustedes. 18 No los voy a dejar huérfanos; volveré a ustedes. 19 Dentro de poco el mundo ya no me verá más, pero ustedes sí me verán. Y porque yo vivo, también ustedes vivirán. 20 En aquel día ustedes se darán cuenta de que yo estoy en mi Padre, ustedes en mí y yo en ustedes. 21 ¿Quién es el que me ama? El que hace suyos mis mandamientos y los obedece. Y al que me ama, mi Padre lo amará; y yo también lo amaré y me manifestaré a él.» [Juan 14:15-21 NVI](#)

Jesús comienza diciendo: «Si me aman, guardarán mis mandamientos». Podría sonar como: «tienen que demostrar su amor». Pero Jesús no los amenaza. Una amenaza iría en contra de su naturaleza, la cual es amor. Tampoco dice: **«8 Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros. ([Romanos 5:8](#))**. No guardamos los mandamientos de Jesús como pago ni como una transacción para que Dios nos ame.

Jesús describe cómo se manifiesta el amor cuando ya ha sido recibido. Los mandamientos de Jesús son una forma de vida. Es una manera de vivir con el amor de Dios fluyendo hacia ti y fluyendo hacia los demás.

Dios te ama. Y al recibir ese amor y amar a Dios, te estás transformando para parecerte a Jesús y amar como Jesús.

Y para capacitarnos para amar como **Jesús, le pide al Padre que nos envíe el Espíritu.** Juan, el autor de este Evangelio, se ha esforzado por hacer del amor de Dios el tema central del libro. La palabra «amor» aparece más de 50 veces. Juan registra que Jesús dijo lo siguiente:

«34 »Este mandamiento nuevo les doy: que se amen los unos a los otros. Así como yo los he amado, también ustedes deben amarse los unos a los otros. 35 De este modo todos sabrán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros.» [Juan 13:34-35 NVI](#)

El amor de Dios por nosotros se manifiesta en el envío de su Hijo, Jesucristo, para salvarnos y darnos nueva vida. El amor de Jesús no se limita a palabras; él da su vida por sus amigos. De la misma manera, amamos a los demás anteponiendo su bienestar al nuestro, incluso cuando nos cuesta algo. El amor es nuestro testimonio. El amor es la forma en que la gente sabrá que seguimos a Jesús.

Escuchemos qué más les dice Jesús a sus amigos y seguidores acerca del Espíritu Santo.
16 Y yo pediré al Padre y él les dará otro Consolador para que los acompañe siempre: 17 el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede aceptar porque no lo ve ni lo conoce. Pero ustedes sí lo conocen, porque vive con ustedes y estará en ustedes. [Juan 14:16-17 NVI](#)

Jesús usa una palabra para «abogado» (defensor), que significa «alguien llamado para ayudar». En aquellos tiempos, «abogado» podía describir a alguien que te acompañaba en un juicio y hablaba en tu favor. Así es como Jesús dice que será el Espíritu Santo: alguien que se acerca, te apoya, está de tu lado y nunca te abandona.

Jesús le pide al Padre que nos envíe el Espíritu.

Y Jesús dice que el Padre enviará a “otro” Abogado. Jesús ya es nuestro Abogado. Juan confirma esta comprensión de Jesús, escribiendo:

2 Mis queridos hijos, escribo estas cosas para que no pequen. Pero si alguno peca, tenemos ante el Padre a un intercesor, a Jesucristo, el Justo... [1 Juan 2:1 NVI](#)

En la cruz, Jesús ocupó nuestro lugar. Como nuestro intercesor, cargó con nuestro pecado y sufrimiento para que nada se interpusiera entre nosotros y el Padre. Cuando dijo: «Consumado es», quiso decir que la obra estaba terminada. Gracias a la obra consumada de Jesús, no somos huérfanos. Somos bienvenidos a casa.

Jesús le pide al Padre que nos envíe el Espíritu. Y el Espíritu es el Espíritu de verdad. El domingo pasado escuchamos cómo Jesús se revela como el camino, la verdad y la vida ([Juan 14:6](#)). Jesús es la verdad. Más adelante, en su última conversación con sus amigos, Jesús continúa hablando de la venida del Espíritu Santo después de su partida. Y Jesús promete: **«13 Pero cuando venga el Espíritu de la verdad, él los guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que dirá sólo lo que oiga y les anunciará las cosas por venir.»** ([Juan 16:13 NVI](#)).

Jesús le pide al Padre que nos envíe el Espíritu. Y el Espíritu de verdad nos guiará a la verdad, a **LA** verdad, el camino y la vida: a Jesús. ¿Acaso no anhelas la verdad? En un mundo lleno de ruido, opiniones y respuestas a medias, puede ser difícil discernir lo que es real. La verdad importa porque nos da un fundamento sólido. Sin la verdad, vagamos sin rumbo. El Espíritu viene a guiarnos a Jesús, quien es la verdad en la que podemos confiar. Sigamos.

18 No los voy a dejar huérfanos; volveré a ustedes. 19 Dentro de poco el mundo ya no me verá más, pero ustedes sí me verán. Y porque yo vivo, también ustedes vivirán. 20 En aquel día ustedes se darán cuenta de que yo estoy en mi Padre, ustedes en mí y yo en ustedes. [Juan 14:18-20 NVI](#)

Jesús ya les había dicho a sus seguidores que se iba, que iba al Padre. Entonces, ¿por qué dice: «Voy a ir a vosotros, y aunque el mundo ya no me vea, ustedes sí me verán»? Esta pregunta también nos lleva al meollo de la cuestión: ¿por qué necesitamos *otro* Abogado? Jesús regresa al Padre, pero eso no significa que se aleje de nosotros.

Al ascender, toma su lugar como nuestro Señor resucitado, reinando e intercediendo por nosotros. Y puesto que ya no está físicamente con nosotros, el Padre envía a otro Consolador: el Espíritu Santo, para que la presencia de Dios no se limite a un solo lugar, sino que habite en cada creyente. Después de la Ascensión, cuando Jesús es elevado a su Padre, está con nosotros por medio de su Espíritu.

Él no nos abandona. **Jesús le pide al Padre que nos envíe el Espíritu.** Y él viene a nosotros a través de su Espíritu.

El Espíritu Santo es nuestro verdadero amigo, nuestro consolador, nuestro ayudante, nuestro defensor. El Espíritu nos dará sabiduría, nos guiará a la verdad y nos capacitará para amar como Jesús, para guardar sus mandamientos. Cuando perdonamos, cuando acogemos al extranjero, cuando somos generosos, cuando contamos la historia de Jesús, amamos como Jesús. Y cuando amamos como Jesús, simplemente nos unimos a lo que el Padre siempre hace a través del Hijo por el poder del Espíritu.

¿Por qué dijo Jesús: «Porque yo vivo, vosotros también vivirán»? Se refería a su resurrección. Él vence al pecado y a la muerte en nuestro lugar, y su nueva vida se convierte en nuestra nueva vida. Su victoria se convierte en nuestra victoria.

El versículo 20 nos muestra la unidad de la Trinidad. El Padre está en el Hijo, el Hijo en el Padre, y por medio del Espíritu Santo entramos en esa relación. En Jesús, Dios y la humanidad están unidos, y ahora somos bienvenidos a esa vida compartida. Hay un solo Dios, la Trinidad, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El Padre nos envía al Hijo.

El Hijo nos revela al Padre.

El Padre nos envía al Espíritu Santo.

El Espíritu Santo trae a nosotros la vida del Padre y del Hijo.

Así es como obra Dios: no distante, sino siempre presente, acercándose a nosotros con amor.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo siempre han coexistido en una relación de amor mutuo. Mediante la Encarnación —que simplemente significa que Dios se acercó a nosotros en Jesús— vemos quién es Dios en verdad. En Jesús, Dios se hizo hombre. Vivió nuestra vida, murió nuestra muerte y resucitó para que pudiéramos compartir su vida. Y puesto que es plenamente Dios y plenamente hombre, solo Jesús podía hacerlo, podía ser nuestro sustituto.

La íntima relación que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo también nos incluye a nosotros. Como seguidores de Jesús, no nos limitamos a contemplar la belleza de la Trinidad. Estamos llamados a participar en esa danza eterna de amor. Dios no nos está negando nada. La vida, la vida en abundancia, está a nuestro alcance.

A veces, cuando escuchamos un sermón sobre el Espíritu Santo, puede parecernos algo distante o misterioso. Quizás pensemos en momentos dramáticos o experiencias emotivas. Pero lo que Jesús promete aquí es algo constante y personal. El Espíritu no es una fuerza. El Espíritu es Dios contigo.

Piensa en esos momentos de incertidumbre: cuando tienes que tomar una decisión difícil, cuando no puedes dormir por la noche dándole vueltas a una conversación, cuando te invade el miedo por tu futuro o tu familia. Jesús dice que no estás solo en esos momentos. El Espíritu Santo está a tu lado como tu Abogado, tu Ayudante, guiándote con ternura, recordándote y fortaleciéndote.

Quizás para ti la palabra «huérfano» te resulte familiar. No porque hayas perdido a tus padres, sino porque te has sentido sólo. Solo en tu matrimonio. Solo en tu soltería. Solo en tu dolor. Solo en tus dudas. Solo en tu fe, ya sea en el trabajo o en los estudios. Jesús sabía que sus discípulos se sentirían así después de su partida. Por eso hizo esta promesa antes de ir a la cruz.

Jesús quería que supieran que, aunque no pudieran verlo, no lo perderían. Y lo mismo ocurre con nosotros.

Porque Jesús consumó la obra en la cruz, nada te separa de Dios. Ni tu pasado. Ni tus luchas actuales. Ni tus preguntas. El Espíritu no viene ni se va según tu desempeño. El Espíritu Santo se nos da gracias a la fidelidad de Jesús, no a la tuya.

Y el Espíritu hace algo hermoso. Hace que el amor del Padre sea real para ti. Te recuerda que perteneces a Él. Te ayuda a clamar a Dios como «Padre». Esa palabra «Padre» no debe sonar formal ni distante. Es el lenguaje de la confianza. El Espíritu te atrae hacia esa cercanía.

Pero el Espíritu también nos impulsa a salir.

Cuando eliges la paciencia en lugar de la ira, es el Espíritu Santo obrando.

Cuando escuchas en lugar de apresurarte a hablar, es el Espíritu Santo obrando.

Cuando das un paso hacia alguien que sufre, es el Espíritu Santo obrando.

Puede que no veas llamas ni sientas un poder espectacular. Pero la fidelidad silenciosa es a menudo la forma en que el Espíritu se manifiesta.

Dios está restaurando el mundo, una vida a la vez. Y eso incluye la tuya. A medida que el Espíritu te transforma para que te parezcas más a Jesús, te conviertes en una señal viviente de que Dios no ha abandonado este mundo.

Así que no busquen a Dios lejos. No esperen a un momento futuro para experimentar su presencia. El Padre envió al Hijo. El Hijo ha consumado la obra. El Padre envió al Espíritu Santo por medio del Hijo.

Y el Espíritu está con vosotros ahora.

¿Qué significa todo esto para nosotros? ¿Para nuestra vida en común en esta comunidad de creyentes? Significa que el Espíritu está entre nosotros, uniéndonos. Y el Espíritu nos guía juntos hacia la verdad.

El Espíritu Santo está a nuestro lado, dándonos la fuerza para no apartarnos de las debilidades de los demás. El Espíritu Santo nos recuerda la verdad cuando desenmascaramos las mentiras que podrían dividirnos. El Espíritu Santo nos ayuda a amar cuando amar nos resulta difícil.

No somos huérfanos. Estamos incluidos en la vida misma de Dios. Y eso cambia la manera en que nos apoyamos mutuamente.

Perdonamos porque hemos sido perdonados.

Acogemos porque hemos sido acogidos.

Nos acercamos a lo que está roto porque Dios se ha acercado a nosotros.

Dios ya está obrando en este mundo: restaurando, sanando y guiando a las personas de regreso a casa. Y a través del Espíritu, nos invita a unirnos a él viviendo como una comunidad que sabe que pertenece a Dios, que es profundamente amada y que nunca está sola.

Así que, cuando nos vayamos de aquí hoy, recuerden esto:

El Padre está con nosotros.

El Hijo está con nosotros.

El Espíritu está en nosotros.

Jesús le pide al Padre que envíe al Espíritu .

Y eso es más que suficiente.

Amén.

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. Jesús dice que no nos dejará huérfanos. ¿En qué aspecto de tu vida necesitas más escuchar que no estás solo?
2. ¿Cómo cambia tu forma de pensar sobre tu relación con él, el hecho de ver a Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo?
3. ¿Qué diferencia supondría en tu vida diaria si creyeras de verdad que Dios está tan cerca como el Espíritu que es Abogado, verdadero amigo?
4. Dios tiene la misión de restaurar lo que está roto en el mundo. ¿Dónde ves señales de quebrantamiento a tu alrededor? ¿Cómo te invita Dios a participar en su obra de sanación en esos lugares.

Sermón del 17 de mayo de 2026

Domingo de la Ascensión

[Salmo 68:1-10](#) , [32-35](#) • [Hechos 1:6-14](#) • [1 Pedro 4:12-14](#) , [5:6-11](#) • [Juan 17:1-11](#)

El tema de este domingo es que **Jesús y el Padre son uno**. El salmista del Salmo 68 celebra la gloria del Dios que es padre de los huérfanos y defensor de las viudas. Él es quien da hogar a los solitarios y libera a los presos. En el relato de Lucas en los Hechos de los Apóstoles, los discípulos buscan averiguar la fecha y hora exactas en que Jesús establecería su reino. En cambio, el Señor Jesucristo resucitado les promete el don del Espíritu Santo.

El Espíritu les capacitaría para ser sus testigos. Jesús les pide que esperen en Jerusalén este don y los bendice al ascender al cielo. El apóstol Pedro recuerda a sus lectores que participamos del sufrimiento de Cristo. Aun así, somos bendecidos, porque el Espíritu de gloria y de Dios reposa sobre nosotros. Dios nos llama a participar de la gloria eterna de Jesús. Y nos llevará a su reino completos, fuertes y establecidos. En su oración sacerdotal, Jesús pide a su Padre celestial que lo restaure a la gloria que tenía antes del comienzo del tiempo. Esta es una gloria en la que él incluiría a todas las personas. Sabiendo que pronto moriría en la cruz por nuestros pecados, Jesús le pidió a su Padre que mantuviera a sus seguidores en su nombre. Jesús deseaba que vivieran en la misma unidad con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, glorificando así a Dios.

Recordatorio: Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones del Leccionario Común Revisado de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No es la intención que se incluya en el sermón.

Jesús y el Padre son uno.

[Juan 17:1-11](#) NVI

Hoy la Iglesia alrededor del mundo celebra el Domingo de la Ascensión. Este día nos recuerda que Jesús no resucitó de entre los muertos y desapareció en la historia. El Jesús resucitado ascendió, o fue elevado, al Padre. El Hijo que caminó entre nosotros ha regresado al Padre que lo envió, porque **Jesús y el Padre son uno**.

La Ascensión nos recuerda que Jesús ascendió al Padre no para abandonarnos, sino para integrarnos en la vida que comparte con Dios. Y una de las principales maneras de entrar en esa relación es a través de la oración.

La oración se presenta en muchas formas y estilos. Existe la oración pública, pronunciada en voz alta antes de eventos importantes. También está la oración silenciosa, en la que buscamos escuchar la voz de Dios. Podemos hacer una oración de respiración o practicar la

contemplación. Podemos orar juntos en una reunión de oración o en grupo. Podemos meditar en las Escrituras o recitar oraciones escritas por otros.

Y, por supuesto, siempre está la ferviente súplica de alguien que espera con ansias que se anuncien los números de la lotería. [Quizás podrías compartir aquí una anécdota personal divertida.]

Dejando las bromas a un lado, la oración es simplemente hablar con Dios. No se trata de usar palabras especiales ni de sonar impresionante. Se trata de honestidad. Podemos hablar con Dios de la misma manera que hablaríamos con alguien que nos conoce bien. Podemos contarle nuestras preocupaciones, aquello por lo que estamos agradecidos, nuestras esperanzas e incluso lo que nos confunde. Orar es simplemente abrirle nuestras vidas a Dios e invitarlo a participar en la conversación.

La oración es una parte importante de nuestra relación con Dios. En ella podemos expresar un amplio abanico de emociones: alegría, miedo, ira, impotencia, tristeza, dolor y gratitud. En la oración, hablamos con Dios y escuchamos su voz, fortaleciendo así nuestra relación con Él.

Esto importa porque Dios mismo es relacional.

Dios es Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo; tres Personas, un solo Dios. Los cristianos creen que el único Dios verdadero siempre ha existido en una relación perfecta de amor. El Padre ama al Hijo, el Hijo ama al Padre, y el Espíritu Santo comparte y transmite ese amor. Dios no se volvió amoroso de repente al crear el mundo. El amor siempre ha existido en Dios mismo.

Dado que Dios es relacional, nos creó para relacionarnos. Y esto es importante. Comprender la Trinidad nos ayuda a comprendernos a nosotros mismos. Fuimos creados para relacionarnos con Él y con los demás.

Y mediante la oración, sucede algo extraordinario. Nos vemos inmersos en la relación que existe dentro de Dios mismo. A través del Espíritu, participamos de la relación de Jesús con su Padre celestial.

Este es el punto central de nuestro pasaje de hoy: **Jesús y el Padre son uno.**

Y en Juan 17 , se nos invita a escuchar su conversación.

El escenario: La noche antes de la cruz.

Antes de leer la oración, necesitamos un poco de contexto.

Esta oración se realiza la noche anterior a la crucifixión. La cruz es el lugar donde Jesús sería ejecutado por las autoridades romanas. Desde una perspectiva humana, parecía una derrota. Pero desde la perspectiva de Dios, fue el momento en que Jesús cargó con la fragilidad y el pecado del mundo. En su muerte, Jesús cargó con todo lo que separa a la humanidad de Dios y abrió el camino al perdón y la restauración.

Todo en la vida de Jesús había conducido a este momento.

Todo comenzó con lo que los cristianos llaman **la Encarnación**. La Encarnación significa que Dios Hijo se hizo hombre. Jesús no solo «aparentó» ser humano, sino que realmente se convirtió en uno de nosotros. Fue concebido por el Espíritu en el seno de una mujer. Nació, creció, experimentó alegría y tristeza, y vivió una vida humana plena. En Jesús, Dios entró en nuestro mundo y en nuestra humanidad para sanarla desde dentro.

Pero la cruz no fue el final de la historia. La cruz es fundamental, pero la muerte de Jesús no basta. La misión de Jesús está incompleta sin la resurrección y la ascensión.

Tres días después, Jesús resucitó de entre los muertos. La resurrección demostró que el pecado y la muerte no tienen la última palabra. Jesús los venció y dio inicio a la nueva creación.

Cuarenta días después tuvo lugar la Ascensión, que es lo que muchas iglesias celebran hoy en día. En el Domingo de la Ascensión, recordamos que Jesús resucitado regresó al Padre. Pero no se fue como una víctima derrotada, sino como el Señor victorioso. Y no abandonó a la humanidad, sino que la llevó consigo a la presencia de Dios.

Por eso esta oración es importante para el Domingo de la Ascensión.

Jesús dice que ha completado la obra del Padre y que está regresando o ascendiendo a la presencia del Padre.

Y a lo largo de esta oración vemos una y otra vez que **Jesús y el Padre son uno.**

Jesús ora por sí mismo 17 Después de que Jesús dijo esto, dirigió la mirada al cielo y oró así: «Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti, 2 ya que le has conferido autoridad sobre todo mortal para que él les conceda vida eterna a todos los que le has dado. 3 Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado. 4 Yo te he glorificado en la tierra y he llevado a cabo la obra que me encomendaste.

5 Y ahora, Padre, glorifícame en tu presencia con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera. Jesús ora por sus discípulos 6 »A los que me diste del mundo les he revelado tu nombre. Eran tuyos; tú me los diste y ellos han obedecido tu palabra. 7 Ahora saben que todo lo que me has dado viene de ti, 8 porque les he entregado las palabras que me diste y ellos las aceptaron; saben con certeza que salí de ti y han creído que tú me enviaste. 9 Ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por los que me has dado porque son tuyos. 10 Todo lo que yo tengo es tuyo y todo lo que tú tienes es mío; y por medio de ellos he sido glorificado. 11 Ya

no voy a estar por más tiempo en el mundo, pero ellos están todavía en el mundo y yo vuelvo a ti. »Padre santo, protégelos con el poder de tu nombre, el nombre que me diste, para que sean uno, lo mismo que nosotros. [Juan 17:1-11](#)

La unidad del Padre y del Hijo

A lo largo de esta oración vemos cuán profundamente unidos están Jesús y el Padre.

Comparten la misma misión.

Pronuncian las mismas palabras.

Trabajan con el mismo propósito.

El Padre glorifica al Hijo para que el Hijo glorifique al Padre. Jesús dice que completó la obra que el Padre le encomendó. Sus palabras eran las del Padre. Quienes lo siguen pertenecen al Padre.

Jesús no actúa de forma independiente. Todo lo que hace emana de la vida que comparte con el Padre.

Y afirma incluso que regresa a la gloria que compartió con el Padre antes de que existiera el mundo. Mucho antes de la creación, el Padre y el Hijo ya vivían en perfecta unidad y amor.

Esta es la verdad que vemos una y otra vez en este pasaje:

Jesús y el Padre son uno.

Gloria

Otra palabra importante en este pasaje es gloria.

En la Biblia, la gloria se refiere a la expresión visible de quién es Dios realmente: su bondad, su belleza, su poder y su amor.

En este sentido, glorificar a alguien significa revelar quién es realmente.

Jesús glorificó al Padre mostrándole al mundo cómo es Él: lleno de gracia, verdad y compasión. Jesús vino a mostrarnos quién es el Padre. Podemos mirar a Jesús y saber cómo es el Padre.

Y el Padre glorifica al Hijo resucitándolo de entre los muertos y exaltándolo como Señor. La resurrección y la ascensión fueron acontecimientos sobrenaturales que revelaron que Jesús era, en efecto, Dios.

Una vez más, vemos su unidad.

Jesús y el Padre son uno.

La generosidad de Dios

Otra palabra que aparece una y otra vez en esta oración es alguna forma de la palabra dar.

El Padre le da autoridad al Hijo.

El Padre le da personas al Hijo.

El Hijo da la vida eterna.

El Padre le da la obra o misión que Jesús realizó.

El Padre le da al Hijo sus palabras o mensaje.

El Hijo transmite las palabras del Padre a sus seguidores.

Esta repetición revela algo sobre el carácter de Dios. Dios es dador.

La vida de la Trinidad es una vida de entrega generosa. El Padre da al Hijo. El Hijo nos da a nosotros. El Espíritu da vida y poder a la Iglesia. En la Trinidad no hay competencia, solo amor altruista y desinteresado hacia los demás.

La Ascensión podría interpretarse como que Jesús abandona a sus seguidores en la tierra y *se retira* de ella. Pero incluso eso es un acto de entrega extraordinaria.

Jesús no retira su presencia del mundo. En cambio, nos da el Espíritu Santo. A través del Espíritu, la presencia de Cristo está ahora con los creyentes en todas partes.

Vida eterna

Jesús también define algo muy importante: la vida eterna.

Mucha gente piensa que la vida eterna simplemente significa vivir para siempre después de morir. Pero Jesús la describe de otra manera. La vida eterna es conocer a Dios.

«3 Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado... [Juan 17:3 \(NVI\)](#)

Este tipo de conocimiento no se limita a saber datos sobre alguien. Significa conocerlo personal, profundamente y a nivel relacional.

La vida eterna comienza ahora. Es la vida que brota de la relación con Dios, de la unión con Dios.

Unión con Cristo

Jesús se hizo hombre para que la humanidad pudiera restablecer su relación con Dios. En Jesús, Dios y la humanidad se unen.

Porque él comparte nuestra humanidad, y nosotros compartimos su vida, entramos en una relación con Dios. Su relación con el Padre se convierte en la relación a la que somos bienvenidos.

No somos absorbidos por Dios. No nos volvemos divinos. Pero somos invitados a una relación viva con él, a participar de su vida y su amor.

Y esto es posible porque **Jesús y el Padre son uno.**

La oración en la vida de Dios

Lo que Jesús nos muestra en esta oración es que la oración comienza en la vida y la conversación con Dios mismo. Por lo tanto, la oración no la iniciamos nosotros.

La verdadera oración comienza en la conversación amorosa entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y estamos invitados a participar en esa conversación.

Jesús vivió toda su vida guiado por el Espíritu. Aunque era plenamente Dios, también vivió plenamente como hombre, confiando plenamente en el Padre. En cada instante, escuchó y siguió al Padre. Y lo hizo por medio del Espíritu Santo.

A través del Espíritu, somos atraídos a esa misma relación.

Nuestra oración se convierte en una participación en la vida misma de Jesús con su Padre.

Jesús ora por nosotros

La buena noticia es que no oramos solos. Jesús ora en nuestro lugar.

A lo largo de su vida, Jesús vivió la vida humana perfecta que nosotros deberíamos vivir.

Confió plenamente en el Padre. Obedeció por completo. Amó sin fallar.

Por eso, Jesús nos representa ante el Padre. Incluso cuando nuestras oraciones parecen débiles o confusas, Jesús las lleva al Padre, intercediendo por nosotros. Nuestras oraciones imperfectas se integran en su perfecta relación con el Padre.

Y el Espíritu también intercede por nosotros.

Hay momentos en que no sabemos qué decir. Nos sentimos abrumados o agotados. En esos momentos, el Espíritu intercede por nosotros. El Espíritu conoce nuestros corazones incluso cuando no podemos expresarlos. Él lleva los anhelos de nuestro corazón al Padre, aunque no encontremos las palabras.

Nunca estamos solos en la oración.

Unidad y testimonio

Casi al final de este pasaje, Jesús ora para que sus seguidores sean uno solo.

Así como **Jesús y el Padre son uno**, Jesús desea la unidad entre su pueblo.

Cuando los creyentes vivimos con amor, perdón y humildad los unos hacia los otros, reflejamos algo de la vida de Dios. Y la unidad que tenemos proviene de Dios.

Nuestra unidad se convierte en un testimonio vivo para el mundo.

Cuando las personas ven una comunidad donde el amor trasciende las divisiones, donde el perdón reemplaza la amargura y donde se sirven unas a otras, vislumbran el corazón del Dios trino. De esta manera, glorificamos o damos a conocer la belleza de Dios.

La unidad de la iglesia refleja la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Cómo la oración conduce a la misión.

Una de las mayores bendiciones de la oración es experimentar la cercanía con Dios.

Otra bendición es descubrir que Dios nos invita a participar en su obra en el mundo. Al pasar tiempo con Dios en oración, nuestros corazones comienzan a transformarse. Empezamos a ver a los demás como Jesús los ve.

A veces nos damos cuenta de que Dios nos invita a ser parte de la respuesta a la oración de otra persona. El Espíritu nos impulsa a orar por los demás. Nos abre puertas para conversaciones espirituales. Nos muestra maneras de servir y cuidar a quienes nos rodean. Nuestros momentos de quietud con Dios nos preparan para realizar actos de gracia con los demás. Mediante la oración, Dios nos atrae hacia su misión.

Conclusión

Hoy, **Domingo de la Ascensión**, recordamos que Jesús no está ausente de nuestras vidas. Jesús ha regresado al Padre victorioso. Ha completado la obra que el Padre le encomendó. Reina con el Padre en la gloria.

En el Domingo de la Ascensión, recordamos que el Señor resucitado y ascendido reina con el Padre, quien envía al Espíritu a través del Hijo para que esté presente entre nosotros.

El Hijo que vino del Padre ha regresado al Padre. El Hijo que compartió nuestra humanidad ahora lleva esa humanidad a la presencia de Dios. Dios «**6 Y en unión con Cristo Jesús, Dios nos resucitó y nos hizo sentar con él en las regiones celestiales,**» ([Efesios 2:6](#)).

La vida eterna, dice Jesús, consiste en conocer al Padre y al Hijo, en participar en su constante diálogo de amor. Esta invitación está abierta a todos.

Y el Padre ha enviado al Espíritu por medio del Hijo para que participemos de la vida que él siempre ha conocido.

Esta es la buena noticia del Domingo de la Ascensión:

Jesús y el Padre son uno.

Y a través de Jesús, somos recibidos en sus vidas para siempre.

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. Jesús ascendió *no para abandonarnos*, sino para llevarnos a la vida que comparte con el Padre. ¿Cómo cambia esto tu manera de pensar sobre la oración y la presencia de Dios?
2. Jesús describe la vida eterna como *conocer a Dios*. En tu propia vida, ¿qué prácticas o experiencias te han ayudado a pasar de “saber acerca de” Dios a *conocerlo* verdaderamente ?
3. Dios es relacional: Padre, Hijo y Espíritu Santo que viven en amor perfecto. ¿Cómo cambia tu perspectiva sobre las relaciones con los demás al comprender a Dios como Trinidad?
4. La oración nos introduce en la misión de Dios. ¿Cómo podría Dios invitarte a participar en su obra ahora mismo?

INICIO

Sermón del 24 de mayo de 2026 - Pentecostés

[Salmo 104:24-34](#) , [35b](#) • [Números 11:24-30](#) • [Hechos 2:1-21](#) • [Juan 7:37-39](#)

El tema de este domingo es **Dios está dentro de nosotros** . En el salmo del llamado a la adoración, el salmista celebra al Espíritu Santo. Él es el genio creativo detrás de todo y el amoroso cuidador de toda la creación. El Espíritu es la fuente de vida de toda la creación y de la nueva creación, y sin él, no hay vida. En Números 11 , el Espíritu Santo capacitó a setenta ancianos para que ayudaran a guiar al pueblo de Israel. Dos de estos líderes no estaban presentes con Moisés. Cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos, estos ancianos hablaron en voz alta, alabando a Dios. Josué le pidió a Moisés que impidiera que los dos ancianos que no estaban presentes hablaran. Pero Moisés compartió su profundo deseo de que todo el pueblo del Señor experimentara algún día la plenitud del Espíritu. La lectura en Hechos 2 narra el derramamiento del Espíritu Santo sobre los creyentes cuando se reunieron en Pentecostés. Debido a este don, los creyentes profetizaron y alabaron a Dios. La multitud que los escuchó provenía de muchos países diferentes. Aun así, oyeron a los discípulos hablar en sus propios idiomas. Inspirado, el apóstol Pedro compartió la buena noticia del amanecer de la «era del Espíritu». El Espíritu era derramado por el Señor Jesucristo resucitado como un don del Padre. El pasaje del Evangelio en Juan 7 muestra a Jesús poniéndose de pie en el último gran día de la fiesta de otoño para hablar. Jesús llama a todos a que se acerquen a él con fe y beban del agua viva del Espíritu. Al beber del Espíritu, se convierten en una fuente viva de la que otros pueden beber.

Recordatorio: Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones del Leccionario Común Revisado de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No es la intención que se incluya en el sermón.

Dios está dentro de nosotros

[Juan 7:37-39](#) NVI

(Lee el pasaje o pídele a alguien que lo lea).

Jesús en el último día de la fiesta 37 En el último día, el más solemne de la fiesta, Jesús se puso de pie y exclamó: —¡Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba! 38 De aquel que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior brotarán ríos de agua viva. 39 Con esto se refería al Espíritu que habrían de recibir más tarde los que creyeran en él. Hasta ese momento el Espíritu no había sido dado, porque Jesús no había sido glorificado todavía. [Juan 7:37-39 NVI](#)

Hoy nos reunimos para celebrar Pentecostés, una de las grandes fiestas del calendario cristiano. Al oír la palabra «fiesta», solemos pensar en un gran banquete. Una fiesta en el

calendario cristiano es un día especial dedicado a recordar algo importante que Dios ha hecho. A lo largo de la historia, los cristianos han marcado ciertos días cada año para no olvidar la historia del amor de Dios por el mundo.

La Navidad celebra el nacimiento de Jesús. La Pascua celebra la resurrección de Jesús. Pentecostés celebra el don del Espíritu Santo: la vida misma de Dios derramada sobre su pueblo.

Pentecostés nos recuerda que la historia de Jesús no terminó con una tumba vacía. Después de que Jesús resucitó y ascendió al Padre, Dios envió al Espíritu Santo para habitar con su pueblo y capacitar a la Iglesia para la misión de Jesús en el mundo.

A Pentecostés se le llama a veces el nacimiento de la Iglesia, porque es el momento en que los seguidores de Jesús son llenos del Espíritu de Dios y enviados al mundo para compartir la buena noticia.

Puedes leer la historia de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés en Hechos 2. Esta semana sería un buen momento para leerla. ¿Por qué no leerla junto con otras personas? Verás que es un día marcado por imágenes impactantes:

El viento azotando una casa.

Lenguas de fuego posándose sobre gente común.

Voces que anuncian buenas noticias en idiomas de todas las naciones.

Pero tras esos signos impactantes se esconde algo aún más profundo. Pentecostés trata de la cercanía de Dios. Es la vida del Dios trino -Padre, Hijo y Espíritu Santo- que se desborda en el mundo.

El Padre envía al Hijo al mundo.

El Hijo da su vida por el mundo.

Y el Padre, por medio del Hijo, envía al Espíritu Santo para que habite en el pueblo de Dios.

Dios está dentro de nosotros.

Y esto nos lleva a las palabras de Jesús en la lectura del Evangelio de hoy. Porque mucho antes de Pentecostés, Jesús lo prometió. El pasaje de hoy se sitúa en un momento **anterior** a la muerte de Jesús, antes de su resurrección y antes de su regreso al Padre. Jesús habla de algo que aún no ha sucedido.

Cuando dice que de los que creen en él brotarán ríos de agua viva, Juan nos dice que está hablando del Espíritu Santo, que sería dado *más adelante*.

En este pasaje, Jesús apunta hacia el futuro. Les dice a la multitud —y a sus seguidores— que llegará el día en que Dios dará su Espíritu para que habite en su pueblo. Esa promesa se cumplirá después de la muerte, resurrección y ascensión de Jesús.

En otras palabras, en este momento, Jesús está mirando hacia Pentecostés.

Este mes, en nuestros sermones, hemos estado repasando juntos esta parte de la historia. Jesús les dice a sus seguidores que pronto los dejará. Al principio, esto los confunde y los inquieta (3 de mayo). Pero Jesús también promete algo importante: dice que le pedirá al Padre que envíe al Espíritu Santo para que esté con ellos (10 de mayo).

La noche anterior a su arresto, Jesús oró al Padre y le dijo: «Vengo a ti». Tras su resurrección, cuarenta días después, Jesús ascendió al Padre. La Iglesia conmemora este momento como el Día de la Ascensión, y lo celebramos el domingo pasado (17 de mayo). Pero la partida de Jesús del mundo no es el final de la historia. De hecho, se convierte en el comienzo de algo nuevo. Una vez que el Hijo regresa al Padre, el Padre y el Hijo envían al Espíritu Santo.

Eso es lo que celebramos **hoy en Pentecostés**.

Y el próximo domingo, la Iglesia celebra **el Domingo de la Santísima Trinidad**, cuando reflexionamos sobre cómo todo esto revela la vida de Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El calendario cristiano nos guía a través de la historia de Dios una y otra vez cada año para que podamos recordar quién es Dios, qué ha hecho y hacia dónde se dirige la historia de Dios, y nuestra propia historia.

Escuchemos de nuevo el versículo 37.

37 En el último día, el más solemne de la fiesta, Jesús se puso de pie y exclamó: —¡Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba!» [Juan 7:37 NVI](#)

Este es un momento dramático. Jesús no enseña en silencio a un pequeño grupo de discípulos. Se pone de pie y grita en medio de una enorme multitud festiva.

Miles de personas se habían congregado en Jerusalén. La ciudad estaba llena de viajeros, comerciantes, familias y peregrinos. Se oían cánticos, oraciones, sacrificios y celebraciones por doquier. Y en medio de todo aquello, Jesús comenzó a hablar.

Él habla de la sed. Todos entendemos la sed. Todos sabemos lo que se siente cuando nuestro cuerpo está seco y necesita agua desesperadamente. Pero Jesús habla de una sed más profunda: la sed del corazón humano.

La sed de propósito.

La sed de perdón.

La sed de amor y pertenencia.

La sed de esperanza: la esperanza de que la vida significa más de lo que podemos ver.

La gente pasa años intentando saciar esa sed interior. Algunos persiguen el éxito. Otros se entregan al placer. Otros se aferran al control. Pero la sed siempre regresa.

No me malinterpreten. Dios ha prometido que un día el sufrimiento terminará, y hasta que llegue ese día, sentiremos naturalmente un anhelo o una sed de más, de que las cosas sean diferentes. El anhelo no es malo. Cuando prestamos atención a la fragilidad que nos rodea, anhelar un mundo mejor es señal de que nuestros corazones están despiertos. Y en medio de ese profundo anhelo, Jesús da la bienvenida a los sedientos para que vengan a él.

Para comprender el poder de las palabras de Jesús, necesitamos entender dónde las pronunció. Jesús habla durante una alegre festividad judía.

La festividad conmemoraba la época en que los antepasados del pueblo judío vagaron por el desierto tras abandonar Egipto. Durante esos años, Dios les proveyó de maneras milagrosas, como por ejemplo, haciéndoles brotar agua de una roca cuando morían de sed. Durante la fiesta, los sacerdotes realizaban un ritual o ceremonia diaria en el templo. Los sacerdotes eran líderes que servían en el templo y guiaban al pueblo en la adoración y la oración. Tomaban agua de una pila especial, la llevaban en procesión al templo y la derramaban en el altar. Mientras el agua fluía, el pueblo cantaba, especialmente promesas como esta:

Con alegría sacarán ustedes agua de las fuentes de la salvación. [Isaías 12:3 NVI](#)

La práctica del agua les recordaba dos cosas. Primero, que Dios les había provisto agua en el pasado. Segundo, que Dios había prometido derramar nueva vida en el futuro. Muchos judíos creían entonces que un día Dios derramaría su Espíritu sobre su pueblo y renovarían el mundo entero. Creían en las promesas que Dios había hecho a través de sus antiguos mensajeros, los profetas, de que un día Dios renovarían a su pueblo y derramaría su Espíritu de una manera nueva.

Cuando Jesús se puso de pie y habló del agua viva que brotaba de los creyentes, estaba hablando de las esperanzas que muchas personas habían albergado durante generaciones. Así que, durante siete días, el agua se derramaba en el templo. Y entonces, en el último día el gran clímax de la fiesta Jesús se levanta y dice: «Si alguien tiene sed, que venga a mí». A *mí*.

En otras palabras:
El agua por la que habéis estado orando...
La vida que prometieron los profetas...
Se encuentra en mí.

La Encarnación: Dios se acerca

¿Quién es, pues, este hombre, Jesús, en quien reside la vida? Jesús no es simplemente un maestro que guía a las personas hacia Dios. Él es Dios que ha venido a nosotros.

Esta es la encarnación: Dios Hijo tomando forma humana.

En Jesús, el Creador se hace presente en la creación. Los cristianos creen que Jesús, el Hijo de Dios, existió mucho antes de nacer en Belén. Este es también un buen momento para leer con otros el primer capítulo de Juan, pues comienza diciendo: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios».

Eso significa que el Hijo estuvo **con el Padre desde el principio**, y por medio de él se creó el mundo. Así pues, Aquel que camina por los caminos polvorientos de Galilea es también aquel por medio de quien se crearon los océanos, las montañas y las estrellas.

El Creador se ha adentrado en su propia creación. Aquel que creó los océanos sabe lo que es tener sed. Aquel que formó a la humanidad se hace humano.

Dios no se mantuvo al margen del sufrimiento humano. Se adentra en él.

Eso significa que cuando Jesús dice: «Venid a mí», no habla desde lejos. Habla como alguien que conoce nuestra debilidad y nuestros anhelos.

Y la razón por la que podemos “acercarnos” a Jesús es porque él ya ha venido a nosotros.

Dios está dentro de nosotros.

El versículo 38 completa la idea. Escuchemos la frase completa de Jesús.

—¡Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba! 38 De aquel que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior brotarán ríos de agua viva. [Juan 7:37-38 NVI](#)

Al principio, estas palabras pueden sonar como una condición, como si la fe fuera una prueba que debemos superar antes de poder beber. Pueden parecer excluyentes, como si Jesús dijera: Cualquiera puede venir, pero solo los creyentes tendrán agua.

Pero ¿y si Jesús no está dando una fórmula? ¿Y si está nombrando una realidad?

Todos tenemos sed. Cualquiera puede acercarse a Jesús. Pero no todos *beberán*. Beber es un acto de confianza, y la confianza es a lo que la Biblia se refiere a menudo cuando habla de fe. Actuamos en función de nuestra confianza: conduces porque confías en que los frenos funcionarán; pagas por adelantado la comida para llevar porque confías en que llegará.

Por favor, no se imaginen a Jesús custodiando el río y diciendo: «¡Alto! No tienen suficiente fe». A nadie se le niega la entrada.

Imagínate una atracción de feria. El operario grita: «¡Vengan todos! ¡Quien quiera divertirse, que suba! ¡Que suba el que sea valiente!». El operario no excluye a nadie; no hace falta.

Todos pueden venir, pero solo quienes confíen en que la montaña rusa es segura se subirán.

Siguiendo con la analogía de las atracciones de feria, quizás seas de esas personas que piensan: "Bueno, no me siento valiente. De hecho, tengo un poco de miedo, pero quiero creer que será divertido". Y eso puede ser suficiente.

La única persona que tiene una fe perfecta es Jesús mismo, y él comparte su fe, *su* confianza en el Padre con nosotros. Nada de lo que hagamos nos abre las puertas a la gracia de Dios. Venimos sedientos. Venimos imperfectos. Y Jesús nos invita a beber.

La promesa del agua viva

Jesús continúa en el versículo 38:

38 De aquel que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior brotarán ríos de agua viva.».

[Juan 7:38](#)

Cuando Jesús dice: «Como dice la Escritura», se refiere a las promesas que se encuentran dispersas en el Antiguo Testamento sobre Dios enviando vida como agua. Los profetas hablaron de arroyos en el desierto, ríos de vida y de Dios derramando su Espíritu sobre su pueblo. Como dijimos antes, la gente entre la multitud había llevado consigo esta promesa durante generaciones.

Jesús está diciendo que esas promesas, dadas hace mucho tiempo en las Escrituras, ahora se están cumpliendo.

Esta es una promesa sorprendente. Una vez que bebamos, de nosotros brotarán ríos.

Juan nos explica el significado: "Ahora bien, esto es lo que dijo acerca del Espíritu que los creyentes en él habían de recibir..."

El agua viva que Jesús promete es el Espíritu Santo.

La vida misma de Dios habitará en los corazones humanos. **Dios está dentro de nosotros.**

¿Por qué el Espíritu aún no había venido?

Pero Juan añade una nota importante:

... **39** Con esto se refería al Espíritu que habrían de recibir más tarde los que creyeran en él. Hasta ese momento el Espíritu no había sido dado, porque Jesús no había sido glorificado todavía...

[Juan 7:38 NVI](#)

El don del Espíritu depende de la obra de Jesús. El rescate de la creación por parte de Dios tiene un orden, un propósito. No es casual.

Antes de que el Espíritu Santo sea derramado, algo debe suceder.

Jesús debe ser glorificado. En el Evangelio de Juan, cuando Jesús es "glorificado", significa el momento en que se revela en toda su plenitud, la verdad de quién es él se da a conocer.

Cuando Jesús entrega su vida por el mundo, resucita de entre los muertos y regresa al Padre, la gloria del amor de Dios se revela plenamente. Solo después de que esa obra se completa, la promesa del agua viva se hace realidad.

Y eso nos lleva a Pentecostés.

Pentecostés: La promesa cumplida

Cincuenta días después de la resurrección, los discípulos de Jesús se reunieron en Jerusalén. Oraban, esperaban y recordaban la promesa de Jesús. De repente, fueron llenos del Espíritu Santo.

Y de inmediato, la gente común comenzó a hablar de la grandeza de Dios en lenguas que jamás habían aprendido. Viajeros y peregrinos de muchas naciones oyeron las buenas nuevas en sus propios idiomas.

El Espíritu trae la vida de Cristo a los corazones humanos. El amor compartido en la vida de Dios comienza a desbordarse por el mundo.

Dios está dentro de nosotros.
El Espíritu hace presente a Jesús.

Una de las enseñanzas más importantes de Pentecostés es esta: Jesús no abandonó a sus seguidores. A través del Espíritu Santo, la presencia de Jesús continúa entre su pueblo.

El Espíritu nos abre los ojos para reconocer a Cristo.

El Espíritu nos da nueva vida.

El Espíritu nos forma como una comunidad moldeada por el amor de Jesús.

El Espíritu también nos consuela en los momentos de tristeza.

El Espíritu nos recuerda las enseñanzas de Jesús.

El Espíritu nos da sabiduría y guía.

El Espíritu nos ayuda a orar cuando no sabemos qué decir.

El Espíritu nos da dones que permiten a la Iglesia servir a los demás.

De todas estas maneras, el Espíritu continúa la obra de Jesús entre nosotros.

En otras palabras, el Espíritu Santo hace presente y activa la vida de Cristo en el mundo actual a través de la Iglesia de Jesús. Su Iglesia es enviada al mundo para reflejar la vida de Cristo: amar al prójimo, cuidar de los más vulnerables, proclamar la verdad y compartir la buena noticia de que Dios está reconciliando al mundo consigo mismo.

La Iglesia es una comunidad llena del Espíritu Santo que participa de la vida de Jesús.

Gracias a la obra del Espíritu, la Iglesia se convierte en un río de vida en medio de un mundo árido.

Dios está dentro de nosotros, por lo que podemos unirnos a la misión de Jesús en el mundo.

Y tenemos la oportunidad de compartir la invitación de Jesús con nuestros vecinos: ¡Vengan sedientos!

Ven con tus dudas. Ven con tus heridas. Ven con tus preguntas.

Ven con sed.

Jesús no dice: «Primero, cúrate y sana tú mismo». Dice: «Ven a mí y bebe». Y verás cómo el Espíritu te sana.

Así pues, en este Domingo de Pentecostés, escucha de nuevo la voz de Jesús que clama entre la multitud. Y también nos llama a nosotros: *Venid y bebed.*

Dios es digno de confianza, y el Padre es la prueba de ello. El Padre nos busca incansablemente con amor y no abandona a su creación.

Dios nos rescata, y lo sabemos por el Hijo. Jesús se hizo uno de nosotros y entró en nuestra oscuridad para llevarnos a la luz de Dios.

Dios está dentro de nosotros, y el Espíritu es el medio por el cual lo sabemos. El Espíritu Santo habita en nosotros y nos invita a participar de la vida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Ven y bebe profundamente.

Y al hacerlo, que el Espíritu de Dios te llene tan plenamente que ríos de agua viva fluyan de tu vida hacia un mundo sediento.

Dios está dentro de nosotros. Amén.

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. El calendario litúrgico nos guía a través de la historia de Dios. ¿Cómo te ayuda a comprender lo que Dios está haciendo en el mundo el hecho de ver cómo se desarrolla esta historia?
2. Jesús promete que los creyentes recibirán el Espíritu Santo y que de ellos brotarán «ríos de agua viva». ¿Dónde has visto obrar al Espíritu?
3. El sermón describió a la Iglesia como “un río de vida en un mundo sediento”. ¿De qué maneras prácticas puede nuestra iglesia brindar esperanza, sanación o compasión a quienes la rodean?
4. La invitación de Jesús es sencilla: «Venid a mí y bebed». ¿Cómo podrías responder a esa invitación ahora mismo?

INICIO

Sermón del 31 de mayo de 2026 - Domingo de la Santísima Trinidad

[Salmo 8:1-9](#) • [Génesis 1:1-2:4a](#) • [Mateo 28:16-20](#) • [2 Corintios 13:11-13](#)

El tema de este domingo es que **la gracia, el amor y la comunión de la Trinidad están con todos nosotros**. El salmista alaba y glorifica el majestuoso nombre de Dios. El nombre de Dios se manifiesta en su creación y se refleja en los seres humanos que ha creado. La lectura del Génesis rememora el relato bíblico de la creación. Muestra cómo el Dios trino creó todas las cosas. Muestra cómo Dios creó a los seres humanos a imagen y semejanza de la comunión divina del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Jesús encomienda a sus seguidores en el pasaje del Evangelio. Les ordena ir y hacer discípulos de todas las naciones. Los llama a bautizar a sus seguidores en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En su carta a los Corintios, el apóstol Pablo anima a la Iglesia. Alaba la paz, el amor, la unidad, la concordia de espíritu y la madurez del Cuerpo de Cristo. Este Cuerpo debe ser un fiel reflejo de la comunión divina del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Recordatorio: Este párrafo introductorio tiene como objetivo mostrar la relación entre las cuatro selecciones del Leccionario Común Revisado de esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No es la intención que se incluya en el sermón.

La gracia, el amor y la comunión de la Trinidad están con todos nosotros.

[2 Corintios 13:11-13](#)

[Lee o pide a alguien que lea el pasaje.]

Saludos finales

11 En fin, hermanos, alégrense, busquen su restauración, hagan caso de mi exhortación, sean de un mismo sentir, vivan en paz. Y el Dios de amor y de paz estará con ustedes. 12 Salúdense unos a otros con un beso santo. 13 Todos los creyentes les mandan saludos. [2 Corintios 13:11-13](#)
[NVI](#)

¿Te gustan los programas de televisión sobre remodelaciones del hogar? No a todo el mundo le gustan los programas de televisión de la realidad (reality shows). Sin embargo, a muchos les gusta ver cómo se restauran y renuevan casas y edificios antiguos. Hay canales enteros dedicados a mostrar cómo algo viejo, desgastado y en ruinas puede transformarse en algo bello y útil de nuevo. Se reparan los suelos, se reconstruyen las paredes y lo que antes parecía destinado al vertedero vuelve a ser un hogar. Es asombroso ver la transformación que se produce cuando una construcción se restaura y renueva.

Para renovar una casa y venderla, el propietario debe invertir mucho tiempo, dinero y esfuerzo en la construcción en poco tiempo para que sea apta para la reventa. Es necesario descubrir y corregir los defectos ocultos. La calidad final depende del constructor. Una casa no se arregla sola. La restauración depende de quien se responsabiliza de ella.

Sin embargo, no todos consideran que valga la pena restaurar edificios antiguos. Es común ver casas y edificios viejos y abandonados que se deterioran lentamente y se derrumban. [Personaliza esta descripción según tu ubicación.] Al final, estos edificios deben ser demolidos y retirados para que el terreno pueda utilizarse para otro fin.

La buena noticia para nosotros hoy es que, cuando la maravillosa creación de Dios necesitó ser restaurada, Dios no la desechó. Dios es el arquitecto supremo que se responsabiliza de lo que creó. Dios no permitió que su creación volviera a la nada de la que la formó.

Dios no abandonó el mundo que creó con amor. Al contrario, invirtió todo lo que tiene y todo lo que es en restaurarlo y renovarlo. Envío a su Hijo para asegurar que todo fuera rehecho como siempre lo había planeado.

Él ve a cada uno de sus hijos adoptivos como su obra maestra, una maravillosa creación nueva. Dios ha estado trabajando y seguirá trabajando para restaurar, renovar y recrear su creación hasta que la obra esté completa.

Dios está con nosotros, y esta es nuestra esperanza en el Domingo de la Santísima Trinidad:

La gracia, el amor y la comunión de la Trinidad están con todos nosotros.

Como ya dijimos, este domingo se celebra la Santísima Trinidad. ¿Por qué los cristianos dedican un domingo entero a la celebración de la Trinidad? Comprender la Trinidad es fundamental para conocer correctamente quién es Dios. Es crucial para entendernos a nosotros mismos y la lógica del universo. Los cristianos creen que Dios es un solo Dios que existe como Padre, Hijo y Espíritu Santo: tres Personas, un solo Dios vivo.

En Génesis, leemos cómo Dios, el Verbo y el Espíritu crearon todas las cosas. El Padre crea mediante el Verbo (que es el Hijo), y el Espíritu trae vida y orden. Desde el principio, Padre, Hijo y Espíritu trabajan juntos. Los seres humanos fueron creados a semejanza e imagen de este Dios trino. Trino significa compuesto por tres y nos recuerda que Dios no es un dios solitario y egoísta. Dios es una familia relacional de amor. Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu están unidos en amor.

Y Dios nos creó a su imagen. «A su imagen» significa que los seres humanos fuimos creados para ser como Dios en aspectos importantes: capaces de amar, crear, pensar, tomar decisiones y vivir en relación con los demás. No significa que nos parezcamos físicamente a Dios, sino que reflejamos su carácter y su naturaleza relacional. Fuimos creados para reflejar el amor del Padre, la gracia del Hijo y la comunión del Espíritu Santo.

En Génesis, también leemos que la creación de Dios era buena. Pero no permaneció así.

Elegimos alejarnos de Dios y trajimos la imperfección al mundo.

Ya lo ves. El mundo necesita una renovación.

Hoy podemos observar a nuestro alrededor y ver la infinidad de problemas que aquejan al mundo en que vivimos. Vemos daños en nuestros ecosistemas. Vemos la devastación en la vida de las personas, en las familias y en las naciones. Vemos personas heridas, solitarias y con adicciones por doquier. Vemos guerras, corrupción, injusticia y división.

Y nos preguntamos cómo los seres humanos pueden llegar a parecerse a un Dios bueno y amoroso. ¿Cómo puede el mundo parecerse al mundo de Dios, a su reino o a su forma de vida donde todo florece?

Tal vez te has agotado y te sientes culpable por no poder hacer más para aliviar el sufrimiento del mundo. Tal vez los problemas del mundo te parecen tan enormes que intentas esconderte, ignorándolos y adormeciéndolos con placer. O tal vez te sientes tan abrumado e impotente que la desesperación te paraliza. ¿Qué podemos hacer?

La respuesta es que no podemos salvar al mundo. No podemos salvar a los demás ni a nosotros mismos. La respuesta es que Dios ha actuado para salvar.

La restauración más importante (nuestra reconciliación con Dios) ya se ha consumado. Reconciliación significa, sencillamente, restaurar una relación. Dios restauró la relación entre él y la humanidad, una relación que había sido quebrantada por el pecado. A través de Jesús, Dios sanó lo que estaba fracturado y nos devolvió a una relación correcta con él.

Y esto se logró mediante el Hijo de Dios encarnado. «Encarnado» significa «en carne». Significa que, en la Encarnación, Dios se hizo carne en la Persona de Jesús. Jesús es plenamente Dios y plenamente hombre. Él es el único ser humano verdadero que refleja a la perfección al Dios trino.

Jesús vivió la vida humana y fiel que nosotros no hemos vivido. Él cargó con nuestro dolor. Él cargó con nuestro pecado. En la cruz, tomó sobre sí todo lo retorcido y quebrantado que hay en nosotros. Él actuó en nuestro lugar y por nosotros. Cuando resucitó de entre los muertos, dio inicio a la nueva creación.

Jesús ha hecho por nosotros lo que jamás podríamos haber hecho por nosotros mismos.

Y gracias a esa obra consumada, podemos decir con confianza:

La gracia, el amor y la comunión de la Trinidad están con todos nosotros.

El pasaje bíblico de hoy, es el final de una carta de Pablo. Pablo era un predicador y maestro itinerante llamado apóstol. Fundó nuevas iglesias y dedicó su vida a difundir las buenas nuevas de quién es Jesús. Cuando se ausentaba de alguna iglesia con la que colaboraba, les escribía cartas con palabras de aliento, orientación y, a veces, correcciones.

Esta carta en particular está dirigida a los seguidores de Jesús en Corinto. Y es una carta difícil. Estaban pasando por momentos difíciles. Había habido conflictos y malentendidos. Estos corintios eran frágiles e imperfectos, igual que nosotros.

En esta carta, Pablo dice que **«si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!»** ([2 Corintios 5:17 NVI](#)). Y es útil aclarar qué significa «estar en Cristo». Significa pertenecer a Jesús y participar de su vida. Los cristianos de Corinto estaban reflexionando sobre lo que significa vivir conforme a su identidad en Cristo.

Pero estas últimas palabras encierran un verdadero sentimiento de esperanza. Leamos de nuevo nuestro pasaje del Nuevo Testamento:

11 En fin, hermanos, alégrense, busquen su restauración, hagan caso de mi exhortación, sean de un mismo sentir, vivan en paz. Y el Dios de amor y de paz estará con ustedes. 12 Salúdense unos a otros con un beso santo. 13 Todos los creyentes les mandan saludos... [2 Corintios 13:11-13 NVI](#)

Comencemos por el final, pues esa última frase define todo nuestro marco de referencia: la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo. Es una síntesis perfecta de la Trinidad en acción. Primero, la gracia de Jesús, ese regalo inmerecido de quien dio su vida para otorgarnos perdón. Luego, el amor del Padre, un compromiso inquebrantable que lo llevó a entregar a su único Hijo por nosotros. Y finalmente, la comunión del Espíritu, que nos une y nos introduce en una relación viva con Dios. La Trinidad siempre ha operado en unidad con un solo propósito: nuestra libertad y restauración.

Esta es la verdad que fundamenta el resto del pasaje. Así que, escuchemos de nuevo el versículo 11.

11 En fin, hermanos, alégrense, busquen su restauración, hagan caso de mi exhortación, sean de un mismo sentir, vivan en paz. Y el Dios de amor y de paz estará con ustedes. [2 Corintios 13:11 NVI](#)

«Sed restaurados» o «sed completos» no es una exigencia de que se reparen o renueven por pura fuerza de voluntad. Es una invitación a recibir lo que Dios ya les ha dado. Tampoco Pablo les anima a ignorar sus defectos o problemas. Pueden afrontar sus dificultades a la luz de lo que Dios ya hizo por ellos en Jesucristo. Pueden tener esperanza mientras luchan con la vida y sus desafíos.

Esa misma esperanza e invitación es para nosotros. Descansamos en el amor de Dios Padre. Jesús nos ha reconciliado y restaurado por su gracia. El Espíritu Santo nos ha sido dado para llevarnos a la comunión con Dios. Estamos llamados, como los corintios, a recibir y vivir la verdad gracias a Jesús.

Pablo continúa diciendo: «Pónganse de acuerdo unos con otros». Esta no es una tarea fácil para nosotros, los humanos. ¿Cómo podríamos ponernos de acuerdo si somos tan diferentes? Cuando contemplamos a Dios —creados a su imagen— vemos unidad en la diversidad. Vemos tres Personas únicas e iguales en un solo Ser. Su unidad no es forzada; es la armonía del amor.

Nuestra unidad emana de la armonía y la unidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esta unidad no consiste en hacernos todos iguales. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo viven en perfecta comunión. Y el Espíritu comparte esa comunión con nosotros. Por lo tanto, nuestra unidad no se basa en la semejanza, sino en pertenecer a Dios y, por ende, pertenecemos los unos a los otros. El Espíritu Santo nos une a Cristo y nos une entre nosotros.

Es Cristo quien, por medio del Espíritu Santo, nos da la unidad que necesitamos para tener un mismo sentir. Esto no significa que nunca estemos en desacuerdo ni que todos pensemos igual. Significa que el Espíritu crea un vínculo más profundo que nuestras diferencias.

Pablo los exhorta a vivir en paz. En las Escrituras, la paz significa plenitud: una vida recta. Jesús ya ha traído la paz a través de la cruz.

Cuando Pablo exhorta a los corintios a la unidad y la paz, no les pide que obren un milagro solo con sus esfuerzos. Los llama a vivir de un milagro ya concedido en Cristo. Jesús no solo nos dio un ejemplo; se entregó a sí mismo. Absorbió nuestra hostilidad, egoísmo, violencia y todo lo que se opone a la paz. Lo venció en su propio cuerpo.

Y al resucitar de entre los muertos, comenzó la nueva creación. La restauración más importante (la reconciliación de la humanidad con Dios) se ha consumado en él. Cuando Jesús dijo: «Todo está consumado», anunció la culminación de la obra que nosotros jamás podríamos completar.

La unidad y la paz no son meras ilusiones. No son fruto del esfuerzo humano. Son una declaración fundamentada en la obra consumada de Jesús. Son dones que emanan de la vida del Dios trino. Y, una vez más, escuchamos el corazón del evangelio:

La gracia, el amor y la comunión de la Trinidad están con todos nosotros.

En Cristo, los seres humanos han recuperado su dignidad como seres creados a imagen de Dios. También han recuperado su papel como administradores de la creación divina. Cuando Pablo exhorta a los creyentes de Corinto a «ser restaurados», les recuerda que deben ser quienes **ya** son en Cristo. Somos nuevas criaturas.

El Espíritu nos fortalece, dándonos la capacidad y la fuerza para vivir nuestra nueva vida. El Espíritu nos sostiene, nos lleva, nutriendo esta nueva vida.

Y como celebramos la semana pasada en Pentecostés, el Padre, por medio de Jesús, nos envió el Espíritu Santo. Pentecostés es el día en que los cristianos recuerdan el derramamiento del Espíritu sobre la Iglesia. Hoy, como antaño en Corinto, nuestra unidad, amor y paz son una manifestación de la presencia de Dios en Cristo por medio del Espíritu Santo.

Por medio del Espíritu Santo, estamos creciendo en Cristo. Estamos en proceso. Seremos restaurados por completo cuando Jesús regrese en gloria. Por ahora, nuestra vida real está «escondida con Cristo en Dios», lo que significa que la obra de Dios en nosotros es real, aunque aún no la veamos por completo.

El deseo de Dios es que cada persona conozca y crea la verdad sobre quién es en Cristo. Dios quiere que sus hijos vean y experimenten esta realidad del reino y la vivan. El Espíritu Santo nos capacita para unirnos a la misión de Dios y dar testimonio a los demás del amor del Padre.

¿De qué maneras puedes percibir y participar en la obra restauradora de Dios hoy? ¿Dónde podría el Padre estar mostrando su amor, el Hijo extendiendo su gracia y el Espíritu Santo trayendo la comunión, quizás incluso en lugares inesperados?

La misión es obra de Dios antes que nuestra. Dios está restaurando y redimiendo su mundo. Estamos invitados a participar en lo que él ya está haciendo.

Podemos unirnos a la misión de Jesús porque **la gracia, el amor y la comunión de la Trinidad están con todos nosotros.**

La renovación de la creación aún no está del todo completa. Todavía vemos grietas y pintura sucia y descascarada. Pero el fundamento es firme. Ha sido firme en Cristo. Tenemos la seguridad de que lo que Dios ha comenzado en nosotros, lo terminará. Podemos confiar en el arquitecto supremo.

Hasta el día en que todas las cosas sean renovadas, vivimos con esperanza. Y nos unimos, con alegría y humildad, a lo que él ya está haciendo.

Dios comenzó algo hace mucho tiempo y ha estado trabajando todo este tiempo para llevarlo a buen término. Dios ha realizado una maravillosa recreación en Jesús, y la está completando incluso hoy por medio de su Espíritu Santo.

Padre, Hijo y Espíritu Santo actúan cada uno con un amor distinto, pero siempre unidos como un solo Dios. Para hoy, Domingo de la Santísima Trinidad, para mañana, para este mundo herido y amado, esta es nuestra buena noticia.

Así pues, escúchenlo de nuevo, por última vez, como promesa y proclamación:

La gracia, el amor y la comunión de la Trinidad están con todos nosotros.

Preguntas para la discusión en grupos pequeños

1. El sermón compara la obra de Dios con la restauración de una casa en ruinas. ¿Dónde ves señales de "quebrantamiento" en el mundo actual y cómo cambia tu perspectiva pensar en Dios como quien restaura y renueva la creación?
2. ¿Qué crees que significa recibir la restauración de Dios en lugar de intentar arreglarnos por nuestra cuenta?
3. ¿Cómo influye la comprensión de Dios como un Dios relacional en nuestra forma de pensar sobre las relaciones con los demás?
4. ¿Dónde has visto la obra restauradora de Dios —Dios trayendo gracia, amor o sanación— ya sea en tu vida, en la de otros o en tu comunidad?

